gocio » y nunca cobró otro dinero que el dado á cambio de su trabajo. Primeramente, Le Prieux tiene doce mil francos por año, como crítico teatral, lo que representa un término medio de tres artículos por semana, ó sea doce por mes. Naturalmente, ha abandonado los tribunales, pero es cronista en otro periódico de gran circulación del boulevard, en donde ha obtenido que le paguen el máximo, doscientos cincuenta francos por artículo. Eso le hacía veintiséis mil francos por año; es decir, dos artículos por semana, ó sea ocho al año. Fiel á su antiguo periódico que ha prosperado como él, cobra ciento cincuenta francos por un « Clavaroche » semanal, lo que representa siete mil ochocientos francos por año, y cuatro artículos por mes. Envía una carta quincenal á un periódico de la América del Sur, ó sea, de nuevo, dos artículos por mes. Es el crítico artístico en una quinta publicación, lo que le hace, con la revista de la Exposición de Pinturas, un promedio de unos treinta y seis artículos, ó retazos de artículos que tiene que escribir por año, ó sea tres por mes. Una correspondencia cotidiana y telegráfica, con el más importante de los noticieros de provincias, completa su presupuesto de ingresos, que se equilibra, aproximadamente según cree él, con el presupuesto de gastos, permitiéndole la economía de un mediano seguro sobre la vida. Sáldase el todo, si ustedes quieren hacer la suma de algunos números citados anteriormente, con una proporción media de sesenta artículos por mes ó de setecientos veinte por año. Esto es lo que la hermosa señora de Le Prieux llama « ¡haberse hecho una situación! »

III

UN HOGAR PARISIENSE. — LA HIJA

Qué pensaba de esta «situación» el antiguo alumno de Jorge Sand, aquél á quien llamaba en sus cartas «su joven Bourbonnichon», el poeta de las llanuras solitarias y de los estanques vaporosos, venido á París, para

conquistar la gloria de un Mistral de la Allier, y transformado, por la prudencia hereditaria, después por el matrimonio, en un obrero literario? ¿Su naturaleza, sin fuertes reacciones y paciente hasta la docilidad, también había sufrido el contagio de la enfermedad de su mujer, de esa fiebre de amor propio mundano que desea ser comparado continuamente con el más rico, viviendo de manera á aumentar continuamente sus gastos, complicando su vida, sacrificando locamente, algunas veces trágicamente el ser al parecer? ¿Era siempre, por el contrario, en el fondo, el hombre rústico y sencillo de otro tiempo, que asistía á los triunfos parisienses de Matilde como un enamorado que se inmola con delicia á los gustos de la que adora, y aun se siente agradecido al ver que el objeto de su amor se digna aceptar este sacrificio? Ó bien, ¿había juzgado á esta mujer y pertenecía á esa inmensa multitud de esposos resignados que no tratan de luchar contra la presión de las circunstancias, contra el irresistible engranaje en que se hallan cogidos? Muy lince hubiera tenido que ser el que hubiese descifrado la respuesta á estas preguntas, en el rostro del infatigable articulista. El provinciano de 1866, tímido y franco, con los años se había convertido poco á poco en un hombre que siempre estaba sobre sí, de modales frios, poco hablador, si no era para contar alguna anécdota de la vida parisiense, con tono de moralista desengañado, de acuerdo con el personaje que decididamente adoptó en sus crónicas, el de un Desgenais de la alta burguesía. Un poco entorpecido por la edad, pero siempre vigoroso y con un abultado vientre y la costumbre de pavonearse en el teatro, en el bulevard, en los innumerables banquetes y en las más innumerables veladas, había impreso en su persona ese aspecto importante, de rico, casi oficial, que podría llamarse, « el aspecto de exprefecto ». La huella de sus enormes é inútiles trabajos se reconocía en su tez plomiza que delataba excesivas vigilias y en su frente, completamente llena de arrugas bajo sus grises cabellos cortados militarmente. ¿Qué pensamientos se agitaban detrás de esta *facies*, de frialdad administrativa? La boca, vo-

luntariosa é irónica bajo el erizado bigote, no lo ha dicho nunca y no lo dirá jamás.

Para quien hubiese tenido inclinación y tiempo de descifrar rostros (¿pero es que hay uno ú otro en París?) Héctor Le Prieux no hubiera sido el único rostro enigmático de la casa. Desde hacía unos dos años, en 1897, los aficionados á los estrenos teatrales veían, algunas veces, cuando la función era de aquellas que convienen á una joven soltera, á la « hermosa señora de Le Prieux » llevar al palco á su hija, una joven muy elegante y bonita, vestida casi exactamente como ella y que le parecía desde lejos, como si fuese su hermana menor. Esta Reina que cuando nació estuvo á punto de costarle la vida, era su hija. Como la mayoría de las niños nacidos de una madre que ha sufrido demasiado durante el embarazo, Reina poseía algo de delicado, de frágil que contrastaba con la opulenta belleza de su madre, que á los cuarenta años mostraba majestades de Juno. Por el contrario, Reina, á los veintiún años apenas representaba diez y ocho, y tenía un busto delgado, como si algo impidiese el completo desarrollo de su ser físico, mientras que su mirada, sobrado pensativa para su infantil rostro, tenía una inquietante precocidad de expresión. Como su madre, tenía la cabeza alargada, el perfil griego, los rasgos regulares; pero ese hermoso tipo de pura raza, parecía en ella como borrado, como atenuado, y bajo sus arqueadas cejas, la joven mostraba, en lugar de las negras pupilas meriodionales y brillantes de la señora Le Prieux, las pupilas de color castaño y reflexivas de su padre. También había sacado de éste los cabellos castaños y la boca de labios un poco gruesos, con un melancólico pliegue en las comisuras de la boca. Jamás fué más visible la mezcla de dos sangres. ¿Dependía tal vez de esas vacilaciones íntimas, de los contrastes secretos de un doble atavismo, el que la señorita Le Prieux tuviese una singular y melancólica mirada? ¿Aún tan joven, había experimentado alguna misteriosa prueba y sufrido una de esas decepciones sentimentales que, á pesar de ser exclusivamente imaginarias, no dejan por eso de conmover profundamente un alma juvenil?

Reina Le Prieux.

¿Era simplemente el cansancio físico, de una niña ya agotada por los abusos de la vida de sociedad?

Cuando hablaban de Reina á su madre, preguntándole por el estado de su salud con algún interés, Matilde respondía :

— No es verdad que está un poco paliducha? Se desarrolla lentamente; pero su naturaleza es así y desde su infancia no ha estado dos días seguidos enferma...

Y cuando estaba con algunos amigos de confianza, solía decir :

— No es porque sea mi hija, pero es la perfección en persona. Jamás he tenido que amonestarla; sólo tengo que hacerle un reproche : el de haber sido siempre demasiado comedida. No parece una joven... Á su edad, me volvía loca por el baile y todavía me divierte; pero ella asiste á él como si fuera á la escuela. Diríase que es por obligación. En otro tiempo, su padre tenía un carácter parecido, mas debo decir que ha cambiado mucho; también cambiará Reina, mas por el momento nada la divierte; es extraordinaria...

Y la « hermosa señora Le Prieux » dejaba adivinar en sus ojos una especie de asombro mezclado de orgullo. Se adivinaba en la manera de erguir su busto impecablemente ceñido por un corsé á la última moda, la conciencia de la esposa y de la madre que mantienen al marido y á la hija en un rango social al que ella los ha elevado, sin ser ayudada por ellos. Si por casualidad Le Prieux se encontraba allí cuando su mujer juzgaba de este modo á Reina, no dejaba de decir, encogiéndose de hombros : « No digas eso, no digas eso » indulgente reproche del marido que encuentra que su mujer habla un poco de más y cambiaba la conversación, contando una de sus anédoctas favoritas. Como todos los aficionados á relatar historietas, sólo tenia un determinado número de ellas, siempre las mismas y que desarrollaba siempre de igual modo, apoyando la voz de la misma manera sobre ciertas sílabas y produciendo idénticos efectos. ¡ Ay ! las anécdotas son su única debilidad, y van dirigidas con demasiada frecuencia contra aquellos colegas que han cometido el error de abandonar la prensa por el libro, ganando en la librería lo que él debe continuar pidiendo al periodismo.

— Reina se divierte silenciosamente — decía — como yo, es verdad. Ustedes tienen que hacer ruido para distraerse, pero mi hija tiene demasiado ingenio y buen sentido para encontrar el defecto de las gentes del día, que se hacen los aburridos en los centros de recreo, después de haber hecho todo lo posible para entrar en ellos... He visto nacer ese tedio de buen tono. Todavía me acuerdo, ya hace mucho tiempo de esto : Santiago Molan, el novelista, había venido á mi casa, calle de Viete, implorándome que le hiciese obtener una invitación para el baile de máscaras de la condesa de Komow, al cual fueron todos con disfraces de animales. Obtuvo la invitación con bastante trabajo, pero ¡ nos quiere tanto la buena condesa... ! La casualidad quiso que á eso de las once, antes de vestirme yo mismo, pasara por el periódico, ¿y á quién dirán ustedes que encontré en medio de los asombrados gacetilleros? Á mi Santiago Molan, vestido de oso, con el hocico echado hacia atrás

como un capuchón, y fingiendo su aire de fastidio, para declamar ante los pobres camaradas : « No ha habido medio de decir no á la condesa, ha insistido demasiado... ¡ Ah ! amigos míos, ¡ qué triste es ser hombre de sociedad ! »

Estas dos fórmulas : « Reina no parece joven... Reina se divierte silenciosamente... » resumían, en la intimidad familiar, ciertas conversaciones que el señor y la señora Le Prieux tenían á propósito de su hija. Estas conversaciones, de un orden tan delicado y grave, puesto que se trataba del carácter, y por tanto, de las probabilidades de felicidad ó de desgracia de su hija única, generalmente se verificaban en el cupé que los llevaba á una primera representación, á la que no habían podido conducirla. Estos eran los únicos instantes de confianza, de conversación íntima de estos esposos, no obstante muy unidos, á lo menos así se les juzgaba, pero, entre las molestias de la buena sociedad para la mujer, y, para el marido, las tareas literarias, ¿á qué hora hubieran podido hablar extensa é íntimamente? La necesidad en que se encontraba el cronista dramático de quedarse en su periódico hasta la una de la mañana, para improvisar allí su artículo, ó para acabarlo cuando lo había comenzado en el ensayo general, les decidió á dormir en cuarto separado.

Héctor había querido poder entrar sin turbar el sueño de su mujer, cuando ésta se había acostado antes que él, é inversamente, cuando su esposa volvía á la casa un poco tarde, por haberse entretenido más que de costumbre en el baile con su hija, no despertaba á Héctor. Este último no podía dar abasto á su enorme tarea si no aprovechaba las mañanas. Sentado ante su mesa á las nueve en punto, con la puerta cerrada,no se levantaba hasta el medio día, después de haber terminado la mayor parte de su tarea cotidiana. Era preciso circunstancias excepcionales para que fuese á tomar el huevo pasado por agua y el café con su mujer, á la que, generalmente, veía á la hora del almuerzo, el tiempo necesario para darle los buenos días, y Reina estaba allí. Reina también se encontraba en las comidas, las raras comidas que hacían en la casa. Mientras tanto érales preciso ocuparse en sus asuntos, la madre de sus visitas, el padre de sus diligencias, además

de su trabajo y en abrir su enorme correspondencia. Habíase hecho, á imitación de otro fecundo periodista, colaborador de las personas que le escribían, tomando continuamente sus cartas como tema de sus artículos. Ahora, á nadie asombrará si las más serias conversaciones de este hogar tenían lugar en el único momento de soledad que esta existencia permitía á esas dos víctimas de París, al regresar del espectáculo, y así, fué cómo la primera escena del drama de familia, del que por fin voy á ocuparme, se desarrolló en un cupé de abono, entre la puerta de un teatro y de la de una redacción... Desde aquí, pueden ustedes ver este cuadrito: una noche de enero que dejaba caer sobre la ciudad una espesa niebla, que apenas rasgaban los faroles; á lo largo de las aceras, el paso rápido de los helados transeuntes; el coche rodando sin ruido sobre sus ruedas de goma; el cochero sujetando con sus heladas manos, bajo los gruesos guantes, al caballo, cuyo cascabel tintineaba y le hacia apresurarse, pues dejábale adivinar el próximo regreso á la cuadra. Detrás de los cristales cubiertos de barro, dibujábanse las siluetas de Matilde y de Héctor: ella tocada con una deliciosa capota de teatro, de delicados colores, dejando emergir su perfil de Juno en medio de la blanca piel de cabra del Tibet de que está forrado su abrigo de terciopelo color rubí; él, mostrando, bajo la nutria de su abrigo, el plastrón de botones de oro grabados y el chaleco blanco de un *clubman*. Al verlos, ustedes dirían: he aquí una pareja de desocupados, un hombre de mundo que su mujer va á dejar en el círculo antes de volver á casa, y es un gacetillero que se prepara á ganar esa costosa apariencia de lujo, luchando, á esta hora, con las pruebas de imprenta, todavía húmedas, ¡Qué bien representado estaba el símbolo de toda su vida, con este paseo á través de París, á una hora tan avanzada y en esas condiciones! He olvidado decir que la función, á la cual acababan de asistir, había sido representada en el Odeón, y que el periódico en donde Le Prieux se hallaba encargado de la crítica teatral se encuentra instalado en la calle de Lagrange-Batelière, que comparte con la del Croissant el honor de haber visto nacer y morir á innumerables periodiquillos.

Sin duda alguna, la señora Le Prieux había contado con la duración de este viaje nocturno, para tener con su marido la conversación que ella se encargó de comenzar inmediatamente que el cupé, libre de los obstáculos de la plaza, salió al trote:

— ¿Se quedará usted hasta muy tarde en el periódico, amigo mío?... preguntó Matilde.

— No lo creo — respondió Héctor. — He escrito mi artículo esta mañana, siguiendo el gran principio: no dejes para luego lo que puedas hacer ahora... Después del ensayo general, no han cambiado nada. Algunas palabras para dar cuenta del éxito, las pruebas á corregir, todo eso me ocupará durante una media hora. Pero ¿por qué?...

— Porque desearía hablarle de una cosa muy seria, — dijo Matilde. — Como se ve, aun en la intimidad, era siempre la « hermosa señora Le Prieux ». Él « tú » familiar y burgués siempre había sido de su parte un favor, una especie de abdicación de su categoría de diosa: Si no es más que media hora, le esperaré á la puerta, en el coche...

— ¡Esperadme!... — exclamó Le Prieux. — Entonces no corregiré las pruebas, he aquí todo. El bueno de Cartier se encargará de eso. Ese Cartier era el secretario de la redacción, al que Héctor había colocado allí y al que consideraba como un amigo que le estimaba mucho. Después de haber vacilado algunos segundos, hizo esta pregunta, que probaba claramente cuanto le preocupaba cierta idea: — ¿Un asunto muy serio? ¿Se tratará por casualidad del matrimonio de Reina?... »

— Precisamente — dijo la señora Le Prieux. Después, vacilando también, y con algo de inquietud de la que Héctor debía acordarse luego, añadió — ¿Por qué me pregunta usted eso? ¿Es que lo ha presentido usted?... »

— ¿Yo? — dijo — de ningún modo, pero desde el momento en que me hablas en cierto tono ¿de qué podría tratarse, sino de la felicidad de Reina? La amas mucho y tienes razón. Se te parece...

El escritor, al decir esto estrechó la mano de su esposa con la profunda ternura que acababa de revelar este elogio y este súbito tuteo. Matilde no tenía necesidad de estos ligeros signos de emoción para saber que su esposo, de

corazón tan fiel, de tan infatigable abnegación, estaba enamorado de ella como el primer día. ¿Emocionóse al advertir, una vez más, la sensibilidad de su marido? ¿Ó bien este homenaje tan espontáneo, á las elevadas é inestimables cualidades de esposa y de madre, que ella creía poseer, hizo vibrar una oculta fibra de su amor propio? ¿ O tal vez, quería, conociendo las objeciones que desde hacía varios meses rodaban por su estrecha y dominadora frente, destruirlas en seguida? Lo único que puede afirmarse es que devolvió á Héctor su apretón de manos y que correspondió amablemente á su tuteo :

— Sólo tengo un mérito, el de no haber dejado nunca de ser una esposa que ha cumplido con su deber. Pero me has recompensado bien, te lo aseguro... He quí, lo que pasa, continuó : Crucé había venido á hablarme de ese proyecto la semana pasada; pero no he querido decirte nada antes de que el asunto estuviese más avanzado, pues tenía miedo de destruir esa libertad de espíritu que te es tan necesaria para tu trabajo. Crucé ha vuelto hoy y me ha preguntado, esta vez de la manera más positiva, lo que pensariamos del matrimonio de Reina con el joven Faucherot...

— ¿Edgardo Faucherot? — exclamó Le Prieux — ¿Faucherot quiere casarse con Reina?

— Y ¿por qué no? — preguntó Matilde — ¿Qué es lo que te deja tan asombrado? porque los Faucherot son los que han dado el primer paso, fíjate bien. Crucé no me ha ocultado que si no era un embajador oficial, por lo menos era un mensajero muy oficioso...

— ¿Que qué me asombra? — dijo Héctor. — Primeramente, Faucherot no es libre. ¿Has olvidado que este mismo otoño su madre se quejó á tí de las locuras que hacía por la joven Percy? Su madre quería que interviniera yo para que la contratasen en América, con objeto de separarla de su hijo, y como Percy continúa en el teatro de *Variedades*...

— Todo eso prueba sencillamente que es libre, y que ha roto con ella — dijo la señora Le Prieux — y precisamente porque ama á Reina. No te inquietes por eso, amigo mío. Yo también he tomado mis informes. La señora Faucherot ha exagerado las cosas. Como es viuda, y sólo tiene un hijo, era natural que se atemorizase. Ese joven enloqueció ante la idea de hacer alarde de sus amores con una artista á la moda, y nada más. No se trata de una de esas uniones que dejan huellas en la vida, y que pueden inquietar á los padres de una joven.

— De todas maneras — dijo Héctor, — había soñado, te lo confieso, para aquél á quien entregásemos nuestra encantadora Reina, otros juveniles recuerdos que las cenas con la Percy. Además, no sólo se trata de la joven Percy, si no de la madre. Vamos, acuérdate de que dejastes transcurrir varios años, antes de admitir en tu casa á la señora Faucherot. Ahora la ves por bondad, porque es una buena mujer y porque eres excelente... Pero si se convierte en la suegra de Reina, estarás obligada á tener con ella relaciones de familia, tú que te has educado como una gran dama. (¡ El cronista parisiense creía eso !) ¿Y ella?... ¿No sabes que comenzó como vendedora en la casa Faucherot, antes de alcanzar el grado de propietaria de la casa? No se lo reprocho... hay vendedoras que son verdaderas señoras... ¿Pero ella?... Tengo el derecho de decir que ha conservado un fuerte olor á tienda, que los millones del difunto Faucherot no han podido borrar. Esa señora ha podido hacer que quiten las grandes letras doradas que veía yo brillar en su balcón, calle de la Banque, cuando, en otro tiempo pasaba por allí para ir al periódico : *Hardy, Faucherot sucesor, seda y terciopelos*. No obstante, estas letras las sigue llevando en si misma impresas en todo su ser... La señora Faucherot ha continuado siendo lo que era detrás de su mostrador, burguesita y ordinaria hasta dejarlo de sobra. La señora Faucherot sigue siendo la misma en casa de las más afamadas modistas, donde ahora se viste; en el Bosque, en su coche arrastrado por un tronco de caballos de diez mil francos. ¡ Ah ! ¡ no se ha olvidado de hacernos saber su precio lo mismo que el del *foie-gras* y el de los vinos que se sirven en su casa !... ¿Y esas invitaciones que lanzaba por todo París, en los comienzos de su vida mundana, á las grandes celebridades con objeto de poblar su salón? ¿Y sus *planchas*? Son célebres. Tú,

la mujer de mundo por excelencia ¿cómo podrás soportarla? Pobre amiga mía, á pesar de tu habilidad en el trato social, que es superior á todo encomio, no creo que puedas salir airosamente...

La señora Le Prieux había dejado hablar al periodista que, como se ve, había tomado la costumbre debido á su profesión de hablar como escribía; es decir, por párrafos y por tiradas. Si Matilde carecía, ya lo he dicho y toda su vida lo demostraba con harta claridad, de ese conocimiento del corazón del prójimo que es lo único que permite poseer la verdadera delicadeza, la mujer del periodista tenía en cambio esa otra inteligencia tan femenina que, por decirlo así, constituye la propia esencia de la mujer, y que consiste en saber exactamente lo que el más delicado de los poetas antiguos ya llamaba « *los flacos del hombre y sus momentos* » (1). Si no había interrumpido el largo discurso de su esposo fué con su cuenta y razón. La gran objeción al matrimonio que ella había prepárado sabiamente, como ya se adivinará, no estaba fundada, en la mayor ó menor distinción de la señora de Faucherot, de la casa *Hardy, Faucherot sucesor, seda y terciopelos*. Dejando que se acalorase su marido, Matilde contaba con que llegaría á descubrir el fondo de su pensamiento, y esto fué lo que hizo al terminar; después de un momento de silencio y al ver que su esposa no le contestaba, agregó :

— Además, yo pasaría por el hijo y tú por la madre; pero queda por averiguar lo que piensa Reina...

— ¡ Ah ! — dijo la madre con singular acento, lleno de ironía y de curiosidad. ¿Con que sabes lo que piensa Reina?... Es verdad, contigo suele ser un poco franca. ¿Qué te ha dicho?

Hubo un nuevo silencio. La dominadora acababa de tocar, por el deseo de saber si habían dado algún nuevo paso con Héctor, la fibra más sensible y más secreta, y también la más dolorosa de aquel corazón de esposo y padre, una fibra casi desconocida por él mismo. Seme-

(1) *Sola viri molles aditus et tempora noras* (Virgilio).

— *¿ Se quedará usted hasta muy tarde en el periódico ?...* (*pág.* 101.)

jante á este respecto á todos los hombres en los que la timidez resulta, no de las circunstancias, sino de su persona y de su manera de sentir, Héctor se encontraba completamente desconcertado ante caracteres reservados como el de Reina. ¡ Cuántas veces había descubierto, ó más bien adivinado, en la mirada de la joven, fija sobre él, un misterio, pensamientos é ideas que le habían hecho sentir al mismo tiempo deseo y miedo de conocer, tal vez á causa de que esos sentimientos y esos pensamientos correspondían á cosas secretas de su corazón que no consentía en confesarse ! Sí; *sabía* lo que Reina pensaba, pero

no *quería* saberlo. Sabía que la tristeza de los ojos de esta encantadora niña, arrancaba de una compasión profunda, infinita, por él, por su existencia de forzado literario, esclavizado, ¿por qué y para quién? Responder á esta pregunta hubiera sido condenar á alguien, á una persona á quien amaba con esa apasionada ternura que no juzga, aun ante la evidencia; y, lo que acabó de hacerle todavía más doloroso esos pensamientos y esos sentimientos de su hija, precisamente era el temor de que no fuese él solo el que sospechara la naturaleza de ellos. Por eso, esta frase de su mujer le hizo estremecerse y que contestase con fingida sonrisa, tratando de aparentar una indiferencia que no había en su corazón :

— ¿Lo que me ha dicho?... Absolutamente nada. No te figures en que es mucho más comunicativa conmigo que contigo. Además, ¿cuándo podría hacerme confidencias? Casi nunca la veo cuando está sola... pero, á falta de confidencias, tengo...

Una evidente turbación le hacía buscar las palabras, y repitió :

— Sí, á falta de confidencias tengo mis impresiones y puesto que estamos en ese capítulo, diré que había creído observar que si prefería á alguno, no era precisamente á Faucherot...

— ¿De quién se trata?... — interrogó vivamente la madre.

— Se trata de su primo Huguenin — respondió Le Prieux, y, como disculpándose de la falta de confianza que implicaba su discreción acerca de tal secreto, agregó :

— Te repito que es una hipótesis casi sin fundamento, y que Reina no me ha hablado nunca de eso, nunca, ni Carlos tampoco; además... ya sabes que te hubiera advertido en seguida...

— En efecto — dijo la señora Le Prieux alzando á medias sus hermosos hombros, — es una inclinación que no se debe animar... Ya sabes qué buena soy para la familia — insistió, — y cómo he acogido á Carlos Huguenin, aunque después de todo no es sino un primo segundo, cuyo padre no he visto hace muchos años... Pero Carlos posee una fortuna muy modesta, y no tiene posición, pues no puede llamarse así á la que se ha formado terminando su carrera de Derecho y haciéndose inscribir en el colegio de abogados de París. Si se casara en estos momentos, para poder vivir con su mujer, se vería obligado á marcharse á Provenza, con su padre, dedicándose á fabricar vino, aceite y á cuidar de los gusanos de seda... Y francamente, ¿es que podrías conformarte con ver á Reina en una casa de labor, allá abajo, vigilando á los obreros, sin esperanzas de poder distraerse yendo al teatro, haciendo visitas ó asistiendo á los bailes?... Ya sé que siempre ha dicho que no le gusta la gran sociedad; también decía eso mamá cuando vivía mi pobre padre y después, cuando quedamos arruinadas, era yo quien tenía que animarla... Pero no se trata de eso, afortunadamente Carlos piensa tanto en Reina, como Reina en Carlos. Volvamos á los Faucherot. ¿Qué debemos responder á Crucé?... Debo decirte en seguida que la cuestión de dote está arreglada. No he ocultado nada á ese excelente amigo, y la señora Faucherot (que en efecto tiene sus ridiculeces, convengo en ello, pero menos que otras veces, pues se va modificando) siempre ha tenido mucho corazón. La señora Faucherot ha comprendido muy bien que en la vida no se puede obtener todo. Su marido ha acumulado dinero, nosotros hemos adquirido relaciones. Si no podemos dar nada á Reina, no es por tu culpa, amigo mío, sino por culpa de tu profesión. Cuando me casé contigo, ya lo sabía, pero prometí ahorrar á nuestro hijo, si era posible, tantas penas como hemos padecido nosotros... Bueno. He aquí que hemos llegado al periódico. No te des prisa, corrige tus pruebas, esperaré todo el tiempo que sea preciso...

En efecto, el cupé había dado la vuelta á la esquina de la calle de Drouot, cuando la generosa Matilde ofrecía ese magnánimo perdón á su marido, brindándose con condescendencia á esperarle treinta minutos en un coche muy bien almohadillado y provisto de excelentes caloríferos. ¿Por qué este último, al bajar del coche y al poner sus botas de charol en los contaminados escalones, repentinamente recordó los ojos obscuros de Reina y la tristeza de su mirada? ¿Qué relación había entre esa mirada

y las palabras que acababa de pronunciar su madre? ¿Por qué, mientras le alargaba las pruebas de imprenta el honrado Cartier, como él le había llamado, el periodista veía claramente, en lugar de las húmedas hojas, sobre las que su pluma trazaba maquinalmente los cabalísticos signos que se emplean para corregir, sí, por qué veía el paisaje de Provenza que sólo había contemplado una vez durante doce horas en el mes de septiembre, de pasada, al regresar de un congreso periodístico : la casa de labor de los Huguenin, abrigada del maestral por la negra cortina de cipreses, las hileras de vides, que extendían sus recortadas hojas y la opulencia de sus pesados racimos de un color morado encima de la tierra roja, un cercado de rosales en flor, un bosque de plateados olivos, y las rocas que separan ese bosque del azulado Mediterráneo, cubierto con las velas de los barcos?... ¿Qué relación había entre esta visión y el escritor que en este momento garrapateaba las líneas que hacían falta para completar su artículo, con cuidada y fina mano en donde brillaban dos hermosas piedras preciosas? Esta mano nunca había tocado un apero de labranza, si no en su infancia. No obstante, ¿era la nostalgia del terruño la que volvía á apoderarse del conocido escritor? ¿Era esto debido á la reaparición del provinciano después de más de treinta años de vida parisiense? ¿Ó bien adivinaba que la felicidad de esta hija, cuya alma se parecía tanto á la suya, como sus ojos, se encontraba allá abajo, lejos, muy lejos de los millones del hijo de Faucherot, lejos de París?... Pero en este momento la visión desapareció. Héctor había recogido las pruebas ya corregidas y se las había entregado á Cartier; se había abrochado el abrigo de pieles y tocando con la mano el ala del sombrero, fría y dignamente, como conviene á uno de los príncipes de la crítica, ante los simples noticieros que trabajaban allí á altas horas de la noche, había abandonado la sala de la redacción sin oir las palabras que los periodistas de inferior categoría, así saludados, pronunciaban acerca de su persona.

— ¡ Vaya, ya tenemos otro caballero cubierto, el tío Le Prieux ! — dijo uno.

— ¡ Y pensar que á su edad tal vez seas tan *snob* como él ! — dijo otro y agregó sonriente : — ¡ y tan averiado !

— ¡ El hecho es que no vale nada ! ¿No habéis leído su última crónica? ¡ vaya una lata ! Es para preguntarse cómo ha triunfado un tipo como ése.

— ¡ Nuevo sistema para triunfar por Héctor Le Prieux, un volumen, tres francos cincuenta ! — dijo el honrado Cartier en tono burlesco; — primeramente se casa uno con una mujer muy hermosa...

— ¿Qué quiere usted decir con eso? — preguntó el otro.

— Lo que usted mismo se figura — dijo Cartier, — que había apretado el botón de un timbre y que interrumpió su grosería para decir al criado de la redacción que había acudido el llamamiento : — Advierta en la imprenta que Le Prieux hará una columna y tres cuartos... Voy á revisar las pruebas. Dentro de diez minutos se las daré... Como nosotros no pertenecemos á la alta, si hiciéramos una plancha...

Y este desagradecido, este hombre al que había colocado Héctor el *snob*, Héctor el averiado, Héctor, el marido que había triunfado por la belleza de su mujer, llenó cuidadosamente de tabaco una pipa de espuma y la encendió, con su aire burlón de buena persona, al mismo tiempo que cogía las galeradas que Le Prieux ya había dejado corregidas, para limpiarlas de sus últimas erratas... Era la manera de pagar su deuda con su protector. El secretario de la redacción era sincero en sus difamaciones y en la complacencia que ponía en hacer este servicio al antiguo periodista. Le estaba agradecido y le envidiaba, no por su posición literaria, sino por su coche de abono, por sus relaciones en la *Alta* (respetemos su estilo) ¡ y, en fin, por ser el marido de la « hermosa señora Le Prieux ! »